

## IV

Ocho días más tarde volvió á reinar en la casa el malestar antiguo. Pascual y Clotilde se pasaban nuevamente tardes enteras sin hablarse. Experimentaban ambos ratos continuos de mal humor. Martina misma vivía en irritación constante. La vida en común de los tres se convertía en un infierno.

Después, bruscamente, la situación se agravó más aún. Como á menudo sucede en los pueblos del Mediodía, un capuchino de gran santidad, llegó á Plassans para hacer ejercicios. El púlpito de San Saturnino retemblaba al estrépito de su voz. Era una especie de apóstol, de una elocuencia popular, ardiente, de palabra florida, rica en imágenes. Predicaba acerca de la insignificancia de la ciencia moderna, con un arranque místico extraordinario, negando la realidad de este mundo, abriendo los horizontes de lo desconocido, los misterios del más allá. To-

das las devotas del pueblo andaban trastornadas con estas predicaciones.

Desde el primer día, como Clotilde, acompañada de Martina, hubiese asistido al sermón, Pascual notó la excitación con que volvía.

En los días siguientes Clotilde se apasionó más aún; volvió más tarde, después de permanecer rezando una hora en el rincón oscuro de una capilla. No salía de la iglesia, y volvía quebrantada, con los ojos brillantes de una alucinada visionaria. Continuamente la resonaban en los oídos las ardientes palabras del capuchino. Parecía estar dominada por la cólera y el desprecio hacia las gentes y los objetos inanimados.

Pascual, inquieto, quiso obtener una explicación de Martina, y una mañana temprano bajó al comedor, donde ella barría.

—Tú sabes que yo os dejo libres á Clotilde y á ti para ir á la iglesia, si os agrada. No quiero influir en la conciencia de nadie... Pero tampoco quiero que tú me pongas enferma á Clotilde.

La criada, sin dejar de barrer, dijo sordamente:

—Las gentes enfermas son tal vez las que se figuran no estarlo.

Dijo esto con tal aire de convicción, que Pascual se echó á reír.

—Sí, yo soy el que tengo enfermo el espíritu, cuya conversión imploráis, mientras que vosotras gozáis de buena salud y de completa sabiduría... Martina, si continuáis torturándome y torturándoos vosotras, me incomodaré.

Habló con una voz tan desesperada y tan ruda, que la criada se detuvo de repente, y le miró cara á cara. Una ternura infinita, una desolación inmensa se reflejaron en su rostro ajado, de vieja solterona, atada siempre á su servicio. Asomaron lágrimas á sus ojos, y se marchó diciendo:

—¡Ah, señor! ¡V. no nos quiere!

Pascual quedó desarmado, invadido por creciente tristeza. Su remordimiento aumentaba por haberse mostrado tolerante y no haber dirigido, como dueño absoluto, la educación y la instrucción de Clotilde. Fundado en su creencia de que los árboles crecen derechos si no se le ponen obstáculos, la había permitido desarrollarse á su antojo, después de haberla enseñado solamente á leer y á escribir.

Sin plan alguno preconcebido, únicamente á merced de las circunstancias ordinarias de

su vida, Clotilde lo había leído casi, casi todo, apasionándose por las ciencias naturales, y ayudando á Pascual en sus investigaciones, en la corrección de pruebas y en copiar y clasificar manuscritos. ¡Cuánto le pesaba actualmente al doctor su descuido! ¡Qué enérgica dirección pudo haber dado al claro talento de la joven, tan ávido de saber, en vez dejarlo descarriado y perdido en esta aspiración del más allá, que favorecían la abuela Felicidad y la buena de Martina! Mientras él, atenido siempre á los hechos, se esforzada en no ir nunca más allá del fenómeno, logrando siempre el triunfo, gracias á su disciplina de sabio, veía continuamente á Clotilde preocuparse por lo desconocido, por el misterio.

Esto era en ella una obsesión, una curiosidad instintiva, que llegaba á torturarla cuando no lograba satisfacerla. Había en ella una necesidad inextinguible, un impulso que no podía resistir, hacia lo inaccesible y lo desconocido.

Ya cuando era niña, y sobre todo cuando joven, aspiraba directamente al "por qué y al cómo", y exigía las razones últimas de las cosas. Si el doctor la mostraba una flor, preguntaba ella por qué la flor producía si-

mente, por qué la simiente germinaba. Y después preguntaba por el misterio de la concepción, de la función sexual, del nacimiento, de la muerte, de las fuerzas desconocidas, de Dios, de todo.

Con cuatro preguntas hundía al doctor en su fatal ignorancia, y cuando él no sabía qué contestar y se apartaba de ella con un gesto de furor cómico, Clotilde se reía de un modo triunfante y volvía extraviada á sus sueños, á la visión ilimitada de todo lo que no conocemos y podemos creer. A veces dejaba estupefacto al doctor con sus explicaciones.

Su espíritu, nutrido de ciencia, partía de las verdades demostradas; pero con tal inexperiencia, que pronto se encontraba en plena leyenda. Surgían los mediadores, los ángeles, los santos, las inspiraciones sobrenaturales, modificando la materia y dándole vida: otras veces, era una fuerza misma el alma del mundo, que trabajaba en fundir las cosas y los seres en un último beso de amor al cabo de cincuenta siglos, y decía que ella había echado la cuenta.

Pascual nunca la había visto tan turbada. Desde el momento que empezó Clotilde á oír las pláticas del capuchino en la catedral, se pasaba los días esperando el sermón de

por la tarde, y asistía á él con el recogimiento exaltado de una muchacha que acude á la primer cita amorosa. Luego, al día siguiente, todo anunciaba en ella su apartamiento de la vida exterior, de su existencia acostumbrada, como si el mundo visible y las ocupaciones de cada momento no fuesen más que estupideces y tonterías. Poco á poco abandonó sus ocupaciones, cediendo á una especie de pereza invencible, permaneciendo horas enteras con las manos abandonadas sobre las rodillas, la mirada vaga y perdida en las lejanías de algún ensueño.

Ella, antes tan activa, tan madrugadora, se levantaba ahora tarde, y nunca aparecía hasta el momento de almorzar; y no se debía esto á que pasara el tiempo en el tocador, pues había perdido su coquetería de mujer; mal peinada, vestida descuidadamente con una bata mal abrochada, pero así y todo hermosa, gracias á su triunfante juventud.

Los paseos matinales, de que ella tanto gustara en algún tiempo al través de la Souleiade; aquellas subidas y bajadas á las terrazas plantadas de olivos y de almendros; aquellas visitas á los pinares embalsamados con el olor de la resina; aquellas largas excursiones al aire libre, en las que tomaba

baños de sol, acabáranse ya: prefería quedarse en casa, con las ventanas cerradas, reclusa en su cuarto, donde apenas se la oía moverse.

Al mediodía, en el comedor, se apoderaba de ella una ociosidad lánguida, un desasosiego que la hacía cambiar de silla, una fatiga y una irritación contra todo lo que antes la interesaba.

Pascual tuvo que renunciar á que le prestara ayuda. Una nota que la dió para que la copiara, quedó tres días abandonada sobre el pupitre. Ya no clasificaba; hasta sentía pereza de inclinarse para coger del suelo un manuscrito. Abandonó completamente los pasteles, aquellos dibujos de flores tan exactos que habían de servir para una obra acerca de las fecundaciones artificiales. Unas malvas rojas, de una coloración nueva y singular, se habían agostado en el vaso sin que acabara de copiarlas. A pesar de esto, se pasó una tarde entera trabajando con ardor en un dibujo extraño, compuesto de flores imaginarias; una extraordinaria eflorescencia, abierta al sol del milagro; un surtidor de rayos de oro, en forma de espiga de trigo, en medio de amplias corolas de púrpura, semejantes á corazones abiertos, de donde

salían, á modo de pistilos, llamaradas de astros, millares de mundos flotando en el cielo como una vía láctea.

—¡Ah, pobre niña!—le dijo ese día el doctor.—¿Cómo puedes perder el tiempo en tales delirios? ¡Y yo que esperaba la copia de esas malvas que has dejado secar!... Pararás en ponerte enferma. No hay salud ni hermosura posible fuera de la realidad.

A veces Clotilde, encerrada en una convicción huraña, no respondía, no quería discutir; pero aquella vez, sin duda, el doctor le había herido en lo más vivo de sus creencias.

—No existe la realidad—declaró terminantemente.

Pascual, á quien hizo gracia este rasgo filosófico de la joven, se echó á reír.

—Sí, ya lo sé... Nuestros sentidos son débiles, no conocemos el mundo más que por mediación de ellos, de lo cual se deduce que el mundo no existe... Entonces abramos la puerta á la locura, aceptemos como posibles las quimeras más ridículas, consagremos las pesadillas, fuera ya de las leyes y los hechos... Pero, ¿no ves que no hay regla segura si suprimes la naturaleza, y que el único interés de vivir es creer en la vida,

amarla y aplicar todas las fuerzas de la inteligencia á conocerla mejor?

Clotilde hizo un gesto indiferente y jactancioso á la vez, y la conversación terminó. Luego se puso á trabajar en el pastel, marcando largos trazos de lápiz azul, haciendo destacar su brillantez sobre el fondo de una límpida noche de verano.

Pero dos días más tarde, á consecuencia de una nueva discusión, las cosas se agravaron. Por la noche, después de levantarse de la mesa, Pascual reanudó sus trabajos en su habitación, mientras Clotilde permaneció fuera, sentada en la terraza. Pasaron las horas, y al dar las doce Pascual hubo de sorprenderse é inquietarse viendo que Clotilde no había entrado aún en su cuarto.

Para esto tenía necesidad de pasar por la sala, y el doctor estaba seguro de que no la había cruzado en un momento de descuido. Pascual bajó el piso inferior, y pudo cerciorarse de que Martina dormía. La puerta de vestibulo estaba cerrada con llave; era seguro que Clotilde se había quedado fuera, lo cual la sucedía algunas veces durante las noches calurosas: pero nunca tardaba tanto en recogerse.

Aumentó la inquietud del doctor cuando

vió que la silla en que la joven había debido de permanecer largo rato estaba desocupada. Esperaba encontrar á Clotilde dormida. Puesto que no estaba allí, ¿cómo no había entrado? ¿Dónde podía haberse dirigido á semejante hora? La noche era hermosa, una noche de Setiembre, caliente aún, de cielo inmenso sembrado de estrellas en su infinito de terciopelo oscuro; y sobre el fondo de aquel cielo sin luna, las estrellas relucían con tal brillantez é intensidad, que alumbraban la tierra.

Pascual, inclinándose sobre la balaustrada de la terraza, examinó las cuevas y las gradas de peña viva que descendían hasta la vía férrea, no se advertía el más ligero movimiento; Pascual no vió más que las copas redondas é inmóviles de los olivos recién plantados. Entonces surgió en él la idea de que Clotilde estaba, sin duda, debajo de los plátanos, cerca de la fuente, escuchando el eterno titileo de aquella agua rumorosa. Corrió hacia allá hundiéndose en plena oscuridad, tan profunda, que él, que conocía hasta los troncos de los árboles, caminaba extendiendo los brazos para no estrellarse. Así atravesó el pinar, andando á tientas en la sombra, sin encontrar á nadie.

Al fin concluyó por llamar con voz recatada:

—¡Clotilde, Clotilde!

La noche continuaba silenciosa y muda. Poco á poco elevó la voz.

—¡Clotilde, Clotilde!

Ni un alma, ni un rumor. Los ecos parecían adormecidos, y los gritos se ahogaban en aquel lago de tinieblas azules de una dulzura infinita.

Gritó con toda su fuerza, volvió al sitio de los plátanos, atravesó de nuevo el pinar, enloquecido, aturdiéndose, recorriendo la hacienda toda. De pronto se encontró en la era.

En aquella hora, la era inmensa, el vasto círculo empedrado, dormía también. Desde hacía muchos años no se trillaba allí mies alguna, y había crecido la hierba, quemada tan pronto como nacida, por el sol, dorada y como cortada al rape, semejante á la lana de un tapiz. Y entre los mechones de aquella vegetación débil, los redondos guijarros no se enfriaban nunca, humeantes desde el oscurecer, exhalando por la noche el calor adquirido en las tardes bochornosas.

La era se redondeaba desnuda y desierta en medio de aquella vibración y bajo la cal-

ma del cielo. Al cruzar Pascual para ir al huerto, tropezó con un cuerpo tirado á la larga, que no había visto antes. Asustado, lanzó una exclamación:

—¿Cómo estás aquí?

Clotilde no se dignó contestar. Estaba tendida boca arriba, con las manos unidas y colocadas debajo de la nuca, mirando al cielo, y en su rostro pálido se veían relucir sus negros y grandes ojos.

—Hace un cuarto de hora que estoy intranquilo llamándote... ¿No me has oído gritar?

Al fin la joven despegó los labios:

—Sí.

—Entonces, ¡qué estupidez! ¿por qué no has respondido?

Clotilde volvió á su silencio, y con la frente ceñuda y los ojos elevados al cielo, rehusaba contestar.

—Vamos, anda á acostarte, chiquilla rebelde. Mañana me explicarás esto.

Clotilde no se movía. Diferentes veces Pascual la suplicó que se levantara, sin que ella hiciera el menor movimiento. El doctor acabó por sentarse cerca de ella, sobre la hierba rapada, sintiendo en su cuerpo el calor del empedrado.

—Vaya, no puedes quedar al raso... Respóndeme al menos. ¿Qué haces aquí?

—Mirar.

Y las miradas de sus grandes ojos, inmóviles, dilatados y fijos, parecían subir muy alto, hasta las estrellas. Clotilde se abismaba por completo en el infinito de aquel cielo de verano, en medio de los astros.

—¡Ah, maestro—dijo con voz lenta, igual y seguida—qué estrecho y limitado es todo lo que tú sabes, al lado de lo que habrá seguramente allá arriba... Sí, si yo no he respondido, era porque pensaba en ti, y sentía una gran tristeza... No me creas mala.

Tal acento de ternura había en su voz, que Pascual quedó profundamente emocionado. Se tendió al lado de la joven, también boca arriba. Los codos de ambos se tocaban, y comenzaron á charlar.

—Temo mucho, querida, que tus tristezas no sean razonables. Piensas en mí y te da pena; ¿por qué?

—¡Oh! por cosas que no me gustaría decirte. No soy una sabia. Pero me has enseñado mucho, y yo, por mi parte, he aprendido aún más viviendo contigo. Estas son cosas que yo siento... quizá trataré de decírtelo ahora que

estamos aquí tan solos, en noche tan hermosa.

Su corazón, henchido, se desbordaba, después de largas horas de reflexión, en la quietud confidencial de aquella noche admirable. El doctor, temiendo inquietarla, no hablaba: esperaba sus confidencias.

—Cuando yo era niña y te oía hablar de la ciencia, me parecía que hablabas del verdadero Dios; tal era el ardor de tu fe y de tu esperanza. Nada te parecía imposible. Con la ciencia íbamos á penetrar el secreto del mundo y á realizar la dicha completa de la humanidad... Según tú, caminábamos á paso de gigante. Cada día traía su descubrimiento, su verdad. Dentro de diez, de cincuenta, de cien años, el cielo se abriría, y veríamos frente á frente la verdad... ¡Ahora bien; los años pasan, nada se abre ante nosotros, y la verdad nos huye á cada paso!

—Eres muy impaciente—dijo Pascual con sencillez.—Si para eso son necesarios diez siglos, será preciso esperar á que transcurran.

—Es verdad, yo no sé esperar. Tengo necesidad de saber, tengo necesidad de ser feliz pronto, de saberlo todo de una vez, de ser dichosa absoluta, definitivamente... ¡Oh

¿Ves tú? Por eso sufro, por no poder alcanzar de golpe el conocimiento completo, por no poder descansar en la felicidad entera, libre de escrúpulos y de dudas. ¿Acaso es vivir este avanzar en las tinieblas á paso de tortuga, sin disfrutar una hora de calma, ni temblar ante la idea de una angustia cercana? ¡No, no! ¡Toda la sabiduría y toda la felicidad en un solo día!... La ciencia lo ha prometido así, y si no cumple su palabra, se desautoriza.

Al oír esto comenzó Pascual á apasionarse.

—Es una locura eso que dices, hijita. La ciencia no es la revelación. Camina al compás de la humanidad, y su gloria consiste en su mismo esfuerzo... Además, no es cierto que la ciencia haya prometido la dicha.

Clotilde le interrumpió vivamente.

—¿Cómo que no es verdad? Mira bien tus libros. Ya sabes que los he leído. ¿No están rebosando promesas? Leyéndolos, parece se camina á la conquista de la tierra y del cielo. Todo lo demuelen y juran reconstruirlo todo, mediante la razón, pura, sólida y sabiamente... Sin duda yo soy como los niños. Cuando se me promete una cosa, quiero que me la den. Mi imaginación trabaja, y es nece-

sario que el objeto sea muy hermoso para contentarme... Mejor hubiera sido no prometer nada. Y, sobre todo, ahora, ante mi deseo exasperado, sería peor negarme esas promesas.

El doctor hizo un nuevo gesto de protesta y de impaciencia, en medio de aquella serenidad que les rodeaba.

—Sea como quiera—continuó Clotilde—la ciencia de todo ha hecho tabla rasa; la tierra está desnuda, el cielo vacío... ¿qué quieres que yo haga si tú mismo declaras irresponsable á la ciencia de las esperanzas que yo había concebido?... Yo no puedo vivir sin la certeza y sin la dicha. ¿En qué terreno firme edificaré mi casa, puesto que el viejo mundo ha sido demolido, y nadie se ocupa en construir el nuevo?

La sociedad antigua se ha derrumbado en esta catástrofe del examen y del análisis; de ella no queda más que unos hombres enloquecidos, errantes en las ruinas, sin saber en qué piedra apoyar la cabeza, viviendo con la tempestad encima, y buscando el refugio seguro y definitivo que ha de permitirles volver á comenzar la vida... No hay que asombrarse, pues, de nuestros desfallecimientos y de nuestra impaciencia. No po-



demos esperar más. Puesto que la ciencia, sobrado parsimoniosa, ha dado en quiebra, preferimos volver atrás, ¡sí!, á las creencias de antaño, que durante tantos siglos han hecho la felicidad del mundo.

—¡Ah! exclamó Pascual! —[Eso es: estamos en ese momento final de un siglo, con la fatiga y el enervamiento que produce el enorme cúmulo de conocimientos removidos en todo su trancurso... Y la eterna necesidad de la mentira, la eterna necesidad de la ilusión, es lo que mortifica á la humanidad y la conduce hacia atrás, hacia el encanto, adormecido de lo desconocido... Puesto que nunca lo sabremos todo, ¿á qué saber algo más? Desde el momento que la verdad conquistada no produce la dicha inmediata y cierta, ¿por qué no contentarse con la ignorancia, ese lecho oscuro en que la humanidad ha dormido con sueño pesado en su edad primera?... Sí, es la vuelta ofensiva del misterio, la reacción contra cien años de investigación experimental. Esto debía suceder así; eran de esperar estas deserciones, puesto que no se pueden satisfacer á la vez las necesidades de todos. Pero es sólo un salto, y la marcha hacia adelante continuará allá arriba, fuera de nuestra vista, en el espacio infinito.

Callaron ambos por un instante, y quedaron inmóviles, con la mirada perdida entre los millares de mundos que brillaban en el cielo sombrío. Una estrella errante atravesó la constelación de Casiopea, trazando una raya de fuego. El universo iluminado giraba allá arriba lentamente sobre su eje, en un esplendor sagrado, mientras de la tierra tenebrosa, alrededor de ellos, se elevaba tan sólo un soplo suave como el aliento dulce y caliente de una mujer dormida.

—Dime —preguntó el doctor con su acento bondadoso —¿ha sido ese capuchino quien te ha trastornado hoy la cabeza?

Clotilde respondió llanamente:

—Sí; dice en el púlpito cosas que me ponen fuera de mí; habla contra todo lo que tú me has enseñado, y parece que la ciencia que yo te debo se transforma en veneno que me aniquila... ¡Dios mío! ¿Qué será de mí?

—¡Pobre niña mía!... ¡Es terrible que te consumas de ese modo! Sin embargo, estoy tranquilo por lo que á ti se refiere. Eres muy equilibrada, tienes una cabecita redonda, despejada y sólida, como te he dicho muchas veces. Te calmarás... Pero ¿qué tempestad existe en los cerebros cuando tú, tan sana, te extravías? ¿No te basta la fe?

Clotilde callaba y suspiraba.

Sin duda la fe, bajo el punto de vista de la felicidad, es como un fuerte bastón de viaje, cuya posesión convierte en fácil y descansado el camino.

—¡Qué sé yo!—dijo Clotilde.—Hay días en que creo y otros en que estoy contigo y con tus libros. Tú eres quien me ha trastornado, y por ti sufro. Y todo mi sufrimiento consiste, quizá, en esa rebelión contra ti, á quien amo... ¡No, no!, no me digas nada; no me digas que me calmaré. Eso me irrita más aún en este instante... Tú niegas lo sobrenatural. El misterio no es para ti más que inexplicable. Llegas á conceder que jamás se sabrá todo, y que el único incentivo de la vida es la conquista sin fin de lo desconocido, el eterno esfuerzo para no saber más... ¡Ah! yo sé demasiado para creer: tú me has conquistado de sobra, y hay momentos en los cuales me parece que voy á morir.

Pascual la había cogido una mano, entre la hierba tibia, y se la estrechaba con fuerza.

—¡Pero resulta ahora que es la vida lo que te da miedo, hijita!... ¿Qué razón tienes para decir que la única felicidad consiste en el esfuerzo continuo? Hoy, el reposo de la ignorancia es imposible. No hay que esperar

ningún reposo, ninguna tranquilidad en esa ceguera voluntaria. Es preciso caminar, caminar, á pesar de todo, con la vida que se mueve sin cesar. Todo eso que ofrecen las reacciones, las religiones muertas, las religiones corregidas y adobadas según las necesidades del día, no es más que un engaño... Conocer la vida, amarla, verla tal como debe ser vista: no existe otra sabiduría.

Clotilde rechazó la mano del doctor con irritado sacudimiento. Su voz expresó un disgusto febril.

—La vida es abominable. ¿Cómo quieres que la pase en paz y felizmente?... Tu ciencia arroja sobre el mundo una luz terrible; tu análisis desciende á todas las llagas humanas para mostrar sus horrores. Lo dices todo; hablas crudamente, y nos dejas entregados á la repulsión hacia los seres y las cosas, sin asomo de consuelo.

Pascual la interrumpió con un grito de convicción ardiente.

—¡Decirlo todo, sí, para conocerlo y curarlo todo!

Exaltada por la cólera, Clotilde se incorporó.

—¡Si fuera cierto que existiesen la igualdad y la justicia en la naturaleza! Pero tú mismo